

El último viernes de una guerra

Escribe: POLICARPO VARON

La tarde en que Rosario Figueroa vda. de Rengifo murió, su vieja casa se llenó de gente falsamente condolida. Alguien recordó que la viuda formaba parte de algo que era como una institución. Al entierro la acompañaron no más de diez personas. Dos hijos varones con sus mujeres, una hija única con su marido, tres o cuatro nietos y un viejo que trabajosamente anduvo detrás del cortejo gesticulando y hablando solo y deteniéndose a veces para mirar algo a su espalda y limpiarse las lágrimas y el sudor de la cara y el cuello con un pañuelo florido. El viejo se llamaba Silvestre Olaya y la suya fue la única lágrima auténtica que cayó sobre la tumba de la viuda.

Durante cincuenta años Rosario Figueroa había habitado, viuda ya, un viejo caserón en el costado occidental de la plaza de Bolívar de San Bonifacio. Una vez a la semana la visitaba la hija, algún domingo por la tarde los nietos pasaban un momento; a los hijos solo los veía para año nuevo. Los viernes por la tarde la visitaba Silvestre Olaya que había combatido en la Guerra de los Mil Días con David Rengifo, a quien había visto caer tres cuerdas abajo un sábado de septiembre de 1901. Recordando la guerra y al difunto, el viejo hablaba y la viuda lloraba. Pero esto fue solo al principio, porque pasados algunos años cada uno hablaba de las cosas que sabía al tiempo, la vida de los diez años compartidos con David Rengifo, interrumpidos por la guerra del 95, en la cual su marido había peleado por primera vez; el viejo recordaba las batallas. Para Silvestre todas las había ganado el general Rengifo... El viejo terminó por imponerle a la viuda una versión de la guerra que su memoria renovaba cada viernes.

Silvestre Olaya casi lo había perdido todo con la muerte de la viuda. Para que sus nietos lo oyeran tenía que pagarles con monedas de veinte. Pero los nietos oían un rato y luego se escabullían aburridos. El viejo entendió entonces que, como en la guerra, le iba a tocar solo otra vez; y que pelear antes y hablar ahora eran las formas menos costosas de engañar a la muerte.

* * *

Entonces desde esta misma ventana las cosas allá afuera se veían un poco distintas. Estábamos en el siglo pasado y no había nada de particular que una tarde un hombre moreno y delgado llegara a golpear y a preguntar por David Rengifo, y los dos —sentados en un escaño de madera o caminando alrededor de la plaza— estuvieran conversando hasta bien entrada la noche. Las mujeres se contentaban con mirar desde detrás de los barrotes, desde detrás de las cortinas blancas y la curiosidad se convertía en ese poco de desasosiego que había que corregir porque no estaba bien parecer intranquila en ese entonces para no dar que hablar. Si David Rengifo entraba tarde a la casa y dejaba la comida servida, si pedía ropa limpia para la madrugada (varias mudas) y si en la cama se lo sentía voltear toda la noche, pensativo y silencioso, y si a la madrugada se percibían pausados y lentos sus movimientos para levantarse, vestirse y montar y dos palabras después de uno o dos días, un hasta luego, y después el trotecito de la bestia por la carrera tercera abajo, así a uno le estuviera remordiéndole adentro no estaba permitido decir boberías y una lágrima que saliera apenas aliviaba un poco. Las palabras que se quedaban debajo de la lengua y las caricias que no salían de las manos se convirtieron después en canas y arrugas.

Después venían los días y los silencios largos de la casa que eran como un grito, los gritos largos de los niños en el solar oídos desde detrás de una cortina blanca por una mujer de veinticinco años, delgada y blanca —bonita, decía todo el mundo— que buscaba entre las ceibas de la plaza de Bolívar a un jinete, y que cada noche parecía oír el trote de un caballo que llegaba, y alguna se levantaba e iba hasta la ventana, descreída ya, y veía sobre la mesita en la penumbra unas cartas de naipe envejecidas y unos granos secos; y recordaba que un día todo iba a gritar en esa casa inmensa porque los niños crecían cuando todo se empequeñecía; porque sabían jugar al naipe demasiado bien,

porque entendían que jugar naipes y oír las lecciones de su madre era algo que había que hacer penosamente para no aburrirse, para no gritar las palabras que se quedaban sin decir.

El envejecimiento de la casa comenzó en el polvo que fue cubriendo los objetos de las piezas del fondo, y en las puertas que de no abrirse entraron, frágiles y carcomidas, a formar parte de las paredes. El polvo gris y espeso que se quedaba en las manos como un guante. Hubo un tiempo en que solo era posible barrer la alcoba de los niños, la sala y la alcoba de Rosario. Se clausuraron las demás puertas para que el polvo y la carcoma se detuvieran. No obstante el polvo ponía una costra gris en las personas y así las arrugas eran más nítidas.

Todo envejecía, hasta el retrato. Sí, el retrato de David. No bastaba con limpiarlo todos los días y mimarlo. Al retrato le entraba la polilla. A un retrato también le hacen mella los años. Antes era más liso, más brillante y no tenía esas arrugas en la frente, y el pecho no estaba carcomido ni el bigote apolillado.

Claro que Silvestre había conocido el retrato en esa época cuando era la viva imagen de David y no eso que servía de descrédito ahora, pero que después de todo era el único recuerdo fidedigno del difunto general; y naturalmente las cosas del baúl. Ella, Rosario Figueroa vda. de Rengifo las había ido atesorando con los años: una camisa ensangrentada y las botas; un pedazo de sable pesado y mohoso; dos cartas; una docena de cartuchos vacíos: lo único que le había quedado de David. Porque a David se lo habían devuelto (aquella tarde que Silvestre imaginaría después como si hubiera sido la de ayer) desnudo y ensangrentado. Silvestre recordaba, seguro, que lo habían tirado ahí debajo de la ventana; haciendo un esfuerzo se podían ver las manchas de sangre; los años no bastaban para borrarlas, y menos el agua que había caído desde entonces; esa tarde había llovido como nunca sobre el cadáver del pobre David; ¿quién no lo recordaba en San Bonifacio?

David Rengifo había estado tirado en la calle toda la noche. El aguacero le había lavado la sangre. Las heridas se habían vuelto blancas. ¿Lo recordaba Silvestre? Se lo había contado tantas veces. Ella había estado llorando junto a la ventana, sintiendo que el olor a pólvora y a sangre se iba en el viento y en el agua.

Los años la habían consumido desde entonces. No era poca la pena. Ella había sido una santa, Silvestre era testigo. Había criado a sus hijos y los había alejado de la casa envejecida y solitaria para que no los consumiera también a ellos con sus recuerdos. A David no había dejado de rezarle, no había dejado de adorarlo en el retrato y en esas pocas cosas que todavía guardaba en el baúl. Si Silvestre Olaya quisiera abrirlo encontraría en él lo poco que a Rosario Figueroa le había quedado de su marido, el general David Rengifo.

* * *

Los viernes Silvestre Olaya salía entre la una y la una y media. Se despedía de todos sus familiares como si de veras se fuera a la guerra. Caminaba en media hora las diez cuadras que lo separaban de la viuda Rosario. En la puerta se quedaba un momento mirando al sur por la carrera quinta, buscando lo que en los días de la guerra había sido un camino angosto con bosque a lado y lado e imaginando la figura de un jinete que apenas volvía de la guerra. Y el viejo se sonreía al pensar en la cara que iba a poner el jinete al encontrar todo al revés. Porque San Bonifacio no era ni la sombra de lo que había sido. Entonces, había hombres de a caballo, hombres como David Rengifo que había subido peleando por allí cuando esto que ahora era carrera quinta era un caminito con maleza a lado y lado, de donde llovían balas aquel último sábado de la guerra cuando él, Silvestre Olaya, había subido detrás del general David Rengifo sacándole el cuerpo a la muerte.

Ahora las aceras eran amplias y si él tenía que caminar despacio y con cuidado mirando dónde ponía los pies; y si a veces trastabillaba y casi se iba de cabeza en cualquier hoyito, era porque le pesaban los años y los sufrimientos en el cuerpo; y si en la calle veinte era pavoroso mirar a la izquierda el río abajo (el sonido del río que era como el recuerdo de una batalla), la pendiente de la calle antes del puente era porque su cuerpo como que quería rodar calle abajo solo sin él. Y esto lo hacía pensar en la muerte. Pero menos mal que ahí a media cuadra podría hablar tantico con Zacarías, el pobre Zacarías, veterano y encorvado también, que lo pasaba canturreando por las tardes tristemente como un pajarón viejo, al sol, y rascándose la cabeza cana, y jugando con los niños como si fuera él también un niño; Zacarías también se había fregado en la guerra, mi señora; había

que llevar un día a Zacarías donde la señora Rosario, que él la había peleado con el general; Zacarías también como Silvestre y el general, había sido hombre de a caballo.

Aunque, claro, no siempre la señora Rosario estaba para creerle a Silvestre; había gente astuta, se aparecían diciendo que habían conocido al general, contando esto y esto, con ganas de sonsacarle lo poco que le quedaba a la pobre; por eso ella tiene sus días que está como descreída y entonces hay que empezar diciéndole que el general llamó a Silvestre una madrugada, que se fueron llano abajo hablando de la guerra, que estuvimos con él en el Puerto, en Chipalo, en Ventaquemada, en Cuatrovientos, en El Hato, en Venteadero, en los Cerritos, en el Paso de Totare, en La Rusia, en Chicalá, en la Ventilla, en Coburgo, en Chagualá, en Mingalá, en la Manda de los Gómez; todo el llano, mi señora; y si ella todavía hace esa cara de no te creo, Silvestre, entonces habrá que quitarse la camisa y mostrarle: vea, mi señora; toque, mi señora; tiente, mi señora. ¿Se convence? y decirle: estos dos dedos me los quitaron peleando en el Paso de Coburgo; esta herida de la espalda, en Ambalema; en Ambalema le metimos candela a todo pero nos sacaron huyendo; por eso me dieron por detrás; y estos lamparones de la cabeza me los hicieron en Chipalo; y esta cortada del brazo en el Paraíso, mi señora.

El calor se agitaba sobre Silvestre Olaya. Después de saludar a Zacarías, el viejo perdía un poco la paciencia. Gracias que se podía hacer un alto frente a la iglesia del Carmen para descansar tranquilamente a la sombra de las ceibas. A esa hora había poca gente en la calle. Lo único, claro, que molestaba era recordar que allí frente a la iglesia del Carmen el general Rengifo había perdido una polaina de un tiro. Y que todavía —flaco, pálido y viejo como un cirio de recuerdo— tenía que estar tocando el armonio ese sacristán que en la catorce, unas cuadras arriba, había encontrado al general agonizando y lo había delatado; ¡Si Silvestre Olaya tuviera un poquito de vida aún! Qué vergüenza que nadie le hubiera dado su merecido a ese maldito, mi señora.

Había que hacer otro descansito antes de la esquina de los muchachos. Esos condenados le salían al paso, le tiraban la falda de la camisa y los pantalones y le decían el viejo habla solo a él, Silvestre Olaya, que se la había jugado en la guerra. Increíble cómo los muchachos de ahora no tenían ningún respeto. En mis

tiempos, mi señora. Esos muchachitos malcriados eran una mortificación. Sobre todo que en esa esquina ellos habían tomado la primera trinchera. Silvestre tenía que pasar de largo para no tener que vérselas con los muchachos. Era una lástima. Las balas burriaban entonces. A Silvestre Olaya le gustaría saber qué hubieran hecho los muchachos si ese viernes comenzaban a burriar balas de todas partes. Se asustarían con los gritos del general no más, porque el general, mi señora, parecía un demonio ese día gritando y vivando y dando sable a diestra y siniestra; volaban cabezas, orejas, narices, dedos, manos, brazos, y la gente corría como si llevara fuego en el rabo.

Silvestre Olaya tenía que voltear en la esquina de la doce y caminar media cuadra. Otra vez el pavor de la bajada, las piernas como que tomaban solas las decisiones y los ojos se abrían como ante un abismo. El viejo ponía toda su voluntad en dominar el cuerpo, sus pasos, regresaba la vieja sensación de caída. Entonces se recostaba a la pared y se detenía un poco antes de golpear para dejar pasar el desasosiego, para mirar la calle que se iba, porque allí en la bajada era como si la calle huyera de él y a la vez lo llamara con algo que el viejo no podía evitar.

Ahora abría una vieja sirvienta de nombre Maruja. Silvestre la saludaba con el sombrero en la mano y seguía a la sala penumbrosa. Luego aparecía la viuda. Se saludaban como si fuera la primera vez. Estos saludos, la media cuadra de bajada y el sol le quitaban un poco la respiración. Rosario Figueroa aprovechaba para hablar las cosas de siempre: el matrimonio con David, la cama de roble que él había mandado hacer especialmente; la casa, blanqueada, limpia, nueva y bonita. Todas esas cosas que Silvestre sabía de memoria ya que la señora no se cuidaba de variarlas un poquito... Había que ver, en cambio, lo que le pasaba a él, mi señora. A veces las cosas se le mezclaban en la cabeza, sí. Pero no era culpa del pobre Silvestre, que estaba canso ya de contar los mismos cuentos. De pronto una cosa se volvía otra, de golpe esto hoy no era como había sido ayer. Se le confundían los nombres en la memoria y entonces le tocaba andar por su lado, ir inventándolos sin preocuparse de si algo estaba donde no era. Además, al principio, los nietos querían saberlo todo al tiempo. Preguntaban demasiado y él tenía que inventar, claro, para quitárselos de encima y seguir. Lo malo era que eso quedaba como en casa propia. Después Silvestre resultaba hablando de cosas que no habían pasado. Uno se daba cuenta que parecían ciertas, mi

señora. Entonces las dejaba ahí: era bonito, después de todo, divertido, ir quitando esto de aquí y poniéndolo allá, o agregarle algo todos los días a la guerra, de manera que todos los días fuera otra. Uno no tenía la culpa. Las cosas se le metían en la cabeza y ahí se quedaban... Claro, traía sus complicaciones. Los nietos comenzaban a quejarse. Pero si ayer nos dijiste esto, abuelito. Pero ayer decías tal cosa, abuelito. Y las muchachas también; las muchachas se divierten más que los nietos. Las muchachas podían decir: "Pero, don Silvestre, usted se nos está volviendo pajudo". Porque de veras, un día era Cantalicio Rojas el que mataba tantos y otro día era Sandalio Delgado; y Teodoro se convertía hoy en Tadeo habiendo sido antier Tancredo; y resultaba que un letrero —"rojos matedormidos"— estaban ayer en La Rusia y hoy estaba en Coburgo, ¿cómo así, don Silvestre? Y que el general Rengifo hubiera escrito ocho días antes "el que tiene enemigos no duerme", y ayer "el que tiene enemigos se duerme". De veras, mi señora, que la cabeza le ponía a uno sus trampas. A veces, claro, las cosas eran de otro modo. Uno se quedaba callado pensando en las cosas que había hecho en la guerra y se le presentaban distintas o veía algo que antes no había visto. Entonces la iba metiendo ahí en la cabeza como en una pieza vacía: la guerra era muy distinta cuando uno se ponía a pensar en ella ahora después de tantos años, tan distinta como por las noches con el primer sueño: la guerra era entonces tan bonita allí en el sueño; él no sabría decirle por qué, pero era algo bonito, señora Rosario. Por eso al otro día con los nietos o las muchachas o con ella misma, sí, esas cosas se salían por su cuenta. Se volvía todo tan confuso algunos días, que Silvestre se ponía a dudar si de verdad había estado en la guerra o era que alguien, de pronto el mismo demonio, le estaba jugando una mala pasada... ¿A la señora Rosario no le pasaba igual?

Entre batalla y batalla hablábamos de la guerra, mi señora. Descansando en las vegas de algún río. Nos bañábamos y jugábamos con el agua como niños. Uno se olvidaba de la muerte tal vez porque las armas quedaban tiradas sobre la arena. Claro que también se recordaban los sustos; eso no era para reírse; uno sabía que estaba vivo de milagro. Entonces lo mejor era no hablar. Pero esos eran los días mejores. Esos en que Silvestre podía dormir un poco en el llano. Se pasaban semanas sin pegar los ojos, mi señora, corriendo llano arriba y llano abajo cuando los del gobierno nos tenían cortico. Por eso cuando se podía dormir

uno aprovechaba. Al otro día Silvestre se despertaba con el sol encima y lo primero que hacía era mirar si estaba vivo. Siempre se pensaba en eso. Silvestre no sabía cuándo lo cogía el sueño, el sueño era como morir, y despertar como empezar otra vez, mi señora. Pero uno no pensaba en eso porque la cabeza le pesaba de no dormir y aprovechaba el primer alto para tender algo sobre la paja seca... A veces pasábamos por algún caserío de los nuestros. Se volvían a ver las mujeres después de tres o cuatro meses. El general se había llevado una negrita de Guataquí, pero esto no debía saberlo la señora. El general siempre había sido hombre de a caballo.

Si la señora quería decir algo estaba bien. El lo sabía casi todo porque había estado allí ese día. Silvestre Olaya había peleado al lado del general. Claro que no le había quedado tiempo de contar los muertos que había ido dejando el general. El general había limpiado el camino. El lo había visto. El lo había visto perder un estribo y una bota frente a la iglesia del Carmen. El lo había visto desmontar y correr calle arriba cuando las balas silbaban. El estaba a su lado, naturalmente. Y también Cantalicio, y Sandalio, y Tadeo y Agustín y Rudesindo y Benjamín. Eran hombres de respeto. Sí, a él le habían asustado. Pero él estaba ahí. Estaban para llegar a la trinchera de la doce. A un paso del cuartel gobiernista, señora, sí. El general se estaba apretando el estómago ensangrentado cuando él lo había visto. Le había entrado pavor. Había arrancado de huída dejando todo. Nunca había sentido un miedo como el de ese día. Era una vergüenza; con decirle que se había embadurnado en los pantalones. Había corrido a la casa a meterse debajo de la cama. El había llorado por el general como hoy, señora Rosarito; no se iban a cansar jamás de llorarlo, el había jurado no volver a pelear en la guerra.

Era un sábado —bueno hoy era viernes—: ¿no era así, señora Rosario? Un día más uno menos no era mayor diferencia. No había nada de particular que allá en el llano fuera entonces sábado y hoy aquí viernes, y viernes por la mañana. La culpa la habían tenido los tragos. La gente se había puesto a tomar. El general se había metido al rastrojo con su negrita. Bueno, esto tampoco tenía por qué saberlo la señora. La gente se alegró y cogió el camino de San Bonifacio. Cuando el general se dió cuenta estaba peleando. Era como un juego, como una adivinanza. Uno no sabía lo que iba a pasar a las seis y a las diez ya estaba pe-

leádosela. Se peleaba como por costumbre. Pero hoy la gente estaba alegre. El general se multiplicaba. Lástima que la señora no lo hubiera visto. ¿Lo había oído? ¿Lo había oído ella? Los gritos del general tenían que llegar hasta aquí. ¿Lo oía ahora? ¿Lo oía la señora? Estaban peleando en las afueras. Había olor a pólvora y había humo en el cielo. El general peleaba en “Cuatro-esquinas”. . . Sí, abrirían la ventana para oír el tiroteo y los gritos del general. . .

Escuchaban callados y atentos. Después de un rato San Bonifacio empezaba a parecerse a la casa de Rosario Figueroa vda. de Rengifo; había caído el sol por los cerros de Martinica y Silvestre Olaya volvía —despaciosos y cegatón— a su casa. Por el camino les iba poniendo nombre a los muertos de la tarde.